

1

OLYMPIA, WASHINGTON (ESTADOS UNIDOS)

MIA

—Esto es una idea terrible —dije mientras observaba cómo mi mejor amiga se sentaba encima de mi enorme maleta para poder cerrar la cremallera—. Van a ser solo tres días.

—En tres días pueden pasar muchísimas cosas, sobre todo cuando es invierno en Monte Rainier. —Taylor consiguió cerrarla tras soltar un gemido por el esfuerzo—. Joder, ha costado. Ahora temo levantarme de la maleta y que explote.

—Los tacones eran innecesarios —señalé, y me senté en el borde de mi cama.

—No lo son si tienes una cena en una cabaña junto a otros empresarios. Eres la secretaria de Miles Wright, tienes que estar deslumbrante. —La fulminé con la mirada y ella alzó las manos—. Siempre lo estás, pero allí tienes que estarlo aún más.

—Sigo sin entender por qué Miles ha insistido en que nos desplacemos hasta su enorme casa en Monte Rainier y nos reunamos con algunos de los accionistas. Podríamos haberlo hecho en la oficina. —Estiré la mano para acariciar las orejas de Queen, mi querida perra. Sus ojos marrones me observaban atentamente—. Prométeme que me mandarás todos los días fotos y vídeos de mi Queen.

—Te lo prometo. Voy a cuidarla muchísimo.

Asentí con confianza a sabiendas de que iba a ser verdad y me tumbé. Pensar que en menos de veinticuatro horas estaría en un coche con Miles Wright y tendría que aguantarlo durante algo más de una hora y media de viaje me producía... dolor de cabeza. Como mínimo. Me resultaba terrible tener que estar encerrada con él en un espacio tan pequeño mientras un tenso silencio llenaba el ambiente. Porque Miles era incapaz de dirigirse a sus trabajadores si no era para hablar sobre negocios o estallar porque no habíamos hecho el trabajo a tiempo. Algo que no solía suceder. Todos éramos bastante eficientes.

Taylor se tumbó a mi lado y me miró.

—¿Qué te preocupa?

—Estar encerrada en un coche con mi jefe —respondí—. Se me va a hacer el trayecto larguísimo.

—Pues para mí no sería tan terrible. —Su voz sonaba divertida, y la miré con una ceja alzada—. Está buenísimo.

—No pensarías eso si estuvieras con él diez minutos a solas.

—Si tan terrible es, ¿por qué no has dejado el trabajo?

Suspiré y me incorporé sobre los codos.

—Me paga bien, me gusta mi trabajo y me pilla cerca de casa. Sé separar mi vida laboral de la personal.

—Me alegro por ti. —Taylor estiró la mano y acarició a Queen—. Yo sería incapaz de no devorar a Miles con la mirada si lo tuviese delante. Es la tentación personificada.

No respondí, y no porque no quisiese soltar un comentario mordaz sobre mi jefe, sino porque... tenía toda la razón.

Mi jefe era...

¿Cómo describir a un hombre que es capaz de hacer que hasta una estatua cobre vida y suspire por él?

Miles Wright era... diferente.

Y con «diferente» me refería a que no había ningún hombre como él. Era alto, cerca del metro noventa, con un cuerpo atlético al que le sentaban de maravilla los trajes de chaqueta que llevaba a la oficina. Con hombros anchos y una espalda amplia, la tela solía tensarse sobre él cuando se movía. Describir a Miles con palabras era no hacerle justicia. Sus ojos grises como el acero eran tan bonitos que a veces te preguntabas si realmente eran reales o usaba lentillas. Y no, no

usaba lentillas. Al parecer los había heredado de su padre, quien solía presentarse en las oficinas una vez al mes.

—Tampoco es para tanto —susurré.

Mi amiga soltó una carcajada.

—Ya, claro. Y por eso pones esa cara de «es un maldito bastardo sexy». Supéralo. Tu jefe está bueno.

No, si eso ya lo había aceptado.

Miles me había corrompido para el resto de hombres. Pocos tenían su porte elegante y sus immaculados gestos de cortesía. Sabía que Miles iba a ser el yerno perfecto cuando se casara.

—Lo tengo superado. —Mi estómago gruñó en ese momento y miré al exterior, donde ya comenzaba a anochecer. Tenía que sacar a Queen antes de que hiciera demasiado frío—. Voy a bajar a Queen a la calle. ¿Quieres que pidamos algo para cenar esta noche?

—No puedo quedarme hasta tan tarde, cariño —dijo Taylor, que se incorporó de la cama—. He quedado con Trey.

Oh, claro. No todos tienen la misma inexistente vida social que yo.

Sonreí, intentando no mostrar lo poco que me apetecía quedarme a solas en mi pequeño piso. Había pensado en cenar con Taylor y que se quedara a dormir. Me levanté para ir con ella hasta la puerta. Mi perra nos siguió todo el tiempo y esperó impaciente a que le pusiera su arnés y su carrea para salir a la calle. Sin embargo, cogí las llaves de repuesto que había sobre el mueble de la entrada y se las di a Taylor.

—Aquí tienes las llaves.

—Mañana vendré a por ella después de trabajar y me la llevaré a casa. —Taylor me miró con tristeza a sabiendas de que odiaba separarme de Queen—. Disfruta, Mia. A Queen no le va a pasar nada. Son solo tres días.

Miré a mi perrita y sentí un pequeño pinchazo en el pecho.

—Me la llevaría...

—¿Para qué? Estoy yo para cuidarla. Además, ya sabes que no le sientan bien los viajes en coche.

Asentí, pues tenía toda la razón.

—Ten cuidado —dije cuando una corriente fría me golpeó de lleno—. No salgas esta noche. Hace mucho frío.

—Trey vendrá a casa, así que no saldremos ninguno de los dos. —Taylor estiró los brazos para rodearme con ellos y yo hice lo mismo—. Descansa. Mañana va a ser un gran día.

Se separó de mí y me guiñó un ojo. La vi marcharse por el largo pasillo de mi rellano hasta al ascensor. Me esperé a que las puertas de acero se abriesen y me despedí con la mano una última vez antes de cerrar la puerta.

Suspiré y miré a Queen, que movía la cola con rapidez.

Cogí mi abrigo azul marino que solo utilizaba cuando sacaba a Queen en invierno y me agaché para ponerle el arnés, la correa y su abriguito. Luego cogí mi móvil, que descansaba en el mueble donde habían estado las llaves, y me lo metí en uno de los bolsillos.

—De acuerdo, salgamos antes de que las temperaturas caigan aún más.

Unos quince minutos más tarde, cuando regresábamos de camino a nuestro bloque de pisos, Queen se paró en un árbol para olerlo. Miré a mi alrededor mientras esperaba pacientemente a que terminara y me sorprendió ver tanta gente en la calle con el frío que hacía. Tampoco ocurría que yo tolerara muy bien las bajas temperaturas.

Una farola parpadeó sobre mi cabeza y alcé la mirada. La ciudad se fue iluminando poco a poco como si fuera un árbol de navidad y hubiesen enchufado las luces.

En ese momento mi móvil sonó. Fue un pitido corto que me dejó saber que se trataba de un mensaje. Lo saqué del bolsillo y miré la hora. Eran las nueve de la noche, y había hablado con mi familia hacía unas tres horas, por lo que dudaba que se tratara de ellos.

Al desbloquearlo, el nombre que vi en la pantalla me provocó un ligero mareo.

«Miles Wright».

Toqué la pantalla para entrar en el mensaje.

*Mañana a las diez de la mañana pasaré a recogerte.
Miles W.*

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué demonios ponía su nombre al final del mensaje? Era un mensaje informal y me aparecía su nombre guardado, por lo que era innecesario.

Pero así era mi jefe, incapaz de no dejar claro que él era quien se dirigía a ti, como si debieses sentirte agradecida.

Lo dejé en leído y guardé el móvil. Estar tres días con mi jefe en una cabaña para reunirnos con los accionistas y engatusarlos para que soltaran dinero no era mi plan ideal. Prefería el trabajo de oficina. Reunirnos con los accionistas significaba hacerles la pelota —o al menos hacerles *yo* la pelota— para limar las asperezas que Miles levantaba con sus frías palabras. Si por él fuera, compraría las acciones y los echaría a patadas. Tenía dinero. Podía hacerlo. Lo malo era que su imperio se había construido a los pocos años de haberlo levantado, y él no había puesto todo el capital. Otras personas habían confiado en su buen ojo para los negocios y habían invertido en él, lo que había ayudado a que Wright Enterprises fuese actualmente la empresa líder en el sector informático.

Queen ladró, y bajé la vista.

—¿Ya? ¿Nos vamos a casa?

Mi perra volvió a ladrar y continuamos con nuestro camino. Cuando me enteré de esa famosa reunión y de que debía asistir estando de vacaciones, Miles me ofreció un buen extra que no pude rechazar. Con ese dinero iba a poder pagar el seguro del hogar y del coche sin preocuparme por nada. A pesar de su fachada de jefe serio, distante y un poco gilipollas, dentro de él había una persona trabajadora que se sacrificaba por su negocio y que trataba a sus empleados con respeto. Nadie en la plantilla se quejaba de su sueldo y de las horas de trabajo semanales, pero, a cambio, Miles exigía el máximo rendimiento. No permitía que ningún trabajador intentase escaquearse o estuviese con el móvil más tiempo de la cuenta.

Al llegar al portal de mi bloque de pisos, saqué las llaves para abrir y fuimos hasta el ascensor. Mi móvil volvió a vibrar y fruncí el ceño. ¿Quién sería esa vez? Al sacarlo, vi el nombre de mi jefe de nuevo.

Silver, espero que tengas hecha la presentación para la reunión.

Miles W.

Puse los ojos en blanco. Así era él, constantemente comprobando que todo estaba bien. No soportaba que algo saliera como él no lo esperaba.

Todo preparado, señor Wright.

Escribí esa respuesta con rapidez, y justo cuando pensaba bloquearlo, vi un nuevo mensaje.

Mañana no me hagas esperar.

Miles W.

Resoplé y me guardé el móvil. Si seguía mandándome esos mensajes, pensaba bloquearlo hasta el día siguiente.

Las puertas de acero se abrieron y Queen y yo salimos del ascensor. Ella comenzó a tirar para llegar a casa y supe que había pasado algo de frío. En cuanto abrí, fue directa a su cama del salón, donde se tiró y comenzó a revolverse entre sus mantas.

Fui hasta el sofá y me dejé caer. Me froté las manos una contra otra para entrar en calor y miré al exterior a través de la ventana. Ya era de noche, y, a pesar de ello, Olympia parecía un pequeño sol con todas las luces que había en la ciudad de los bloques de viviendas y los grandes edificios. Me gustaba vivir allí, conectada, cerca de todo lo que necesitaba.

Mi estómago gruñó, y recordé que no había cenado todavía.

Me incorporé y fui hasta la entrada, donde había dejado el móvil junto a las llaves. Pedí comida china y regresé junto a Queen, que se había quedado dormida. Estar sin ella tres días se me iba a hacer eterno... sin contar que iba a cambiar su compañía por la de mi jefe.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Una cosa era estar con Miles en la oficina, rodeado de otros compañeros, y verlo apenas un par de horas para que luego él se encerrara en su despacho y yo en el mío, pero otra cosa muy distinta era estar con él durante tres días seguidos viviendo bajo el mismo techo.

Tendréis habitaciones separadas, Mia, tranquila.

Sacudí la cabeza cuando noté que me empezaba a poner nerviosa ante el hecho de estar tanto tiempo con él. Encendí el televisor y vi una película que iba por la mitad. Intenté comprender de qué iba cuando, diez minutos más tarde, llamaron al telefonillo.

Aquí está la comida, pensé con alegría. Tenía tanta hambre que sentía que había un monstruo en el interior de mi estómago arañándome y exigiéndome que introdujera algo de alimento en mi cuerpo.

Pagué el pedido y regresé al salón, donde Queen me esperaba sentada en el sofá, esperando a que le diera su ración.

Puse los ojos en blanco y sonreí. Mi vida con Queen era perfecta. Nuestro pequeño hogar, nuestros momentos, nuestra complicidad... ¿Podía un perro ser tu alma gemela? Porque dudaba que fuera a conocer a alguien capaz de llenarme tanto como lo hacía ella.

Le corté un trozo del rollito de primavera y se lo tendí.

—¿Me prometes que durarás toda la vida?

Queen miraba la comida con ansias mientras la baba comenzaba a caer de su boca. Le di el trozo de rollito y yo me llevé a la boca otro trozo que me arrancó un gemido. Comimos con tranquilidad mientras el frío del exterior parecía ir a más. Las ventanas comenzaban a estar empañadas por el contraste de temperaturas. La estufa nos calentaba y nos mantenía pegadas la una a la otra. Cuando quise darme cuenta, ambas nos quedamos dormidas en el sofá, con los envases vacíos de la comida china y la televisión puesta.

Dormir con Queen me daba una sensación de seguridad y bienestar que me relajaba. La apreté contra mi pecho y terminé por abandonarme a los brazos de Morfeo.

2

MIA

Un segundo pitido terminó por hacerme poner los ojos en blanco mientras tiraba de mi enorme maleta con todas mis fuerzas. Quien me viese iba a pensar que me iba un mes en vez de tres días.

Maldita Taylor...

Mi mejor amiga me había metido en la maleta tantos vestidos sexis y tantos zapatos de tacón que iba a poder cambiarme cada tres horas y no repetir conjunto. Me preguntaba qué pijama habría escogido, porque yo me había centrado en la ropa interior y en el neceser del aseo.

Otro pitido más resonó en el exterior, y apreté los dientes.

—¡Ya voy! —grité en cuanto abrí con el pie la puerta del portal cuando toqué el interruptor.

Fulminé con la mirada a mi jefe, que tocaba el claxon mientras miraba por la ventanilla con seriedad.

Se señaló el carísimo reloj que llevaba en la muñeca, y bufé.

—¡Aún no es la hora! —reliqué mientras bajaba los escalones e iba hacia él. Me paré justo en la ventanilla del copiloto y saqué mi móvil—. Quedan diez minutos.

Él suspiró y salió del coche. Se recolocó la chaqueta negra que llevaba y avanzó hacia mí. Tragué saliva y contemplé cómo me cogía la maleta de las manos y se encaminaba con ella a la parte de atrás del

coche. Cerró el maletero y me observó a través de sus gafas de sol, que, por cierto, le sentaban genial.

—Me gusta la puntualidad.

—Soy puntual —señalé con irritación.

Miles me abrió la puerta del copiloto, y cuando me incliné para entrar, un olor fresco y limpio penetró en mis fosas nasales. Cerré los ojos durante unos segundos y suspiré. Pasé tan cerca de él que mi hombro rozó su pecho y noté que algo cálido recorría todo mi cuerpo. No era nada nuevo. Miles causaba estragos en mí, pero también en el resto de la población femenina. Me lo tomaba como una de las muchas consecuencias de trabajar para él.

Me pasé las manos por mi melena de color azabache y cerré los ojos durante unos segundos.

La puerta del piloto se abrió y sentí su presencia de lleno, como si un tsunami me hubiese golpeado.

—Deja de hacer el ridículo. No es hora de dormir.

Contuve un gemido de frustración.

—No pensaba dormir —aclaré.

Él no dijo nada, solo arrancó el coche y encendió el navegador. Ver sus dedos moverse por la pantalla táctil no debería resultarme sexy, pero lo hacía. Me encantaban sus manos grandes y firmes. Me parecían lo más erótico que había visto en toda mi vida. Me las imaginaba sobre mi cuerpo mientras...

—¿Has traído la presentación?

Me sonrojé al percatarme de que me había pillado mirándolo fijamente.

Sacudí la cabeza para salir de mis ensoñaciones y metí la mano en el bolso para mostrarle el *pendrive* negro que había guardado hacía unos días. Me consideraba una mujer muy precavida y responsable. Si me mandaban algo para una fecha en concreto, por norma general lo tenía hecho para antes.

—Aquí está.

—Bien. —Fue su respuesta.

Los veinte minutos siguientes estuvimos callados. Él atendía, con el teléfono conectado al coche, a las llamadas de los inversores para darles las indicaciones de cómo llegar a su casa de Monte Rainier. Contrario a mí, que me mostraba educada e incluso quizá un poco pelota cuando llamaban, Miles les respondía con voz cortante y monosílabos. No es

que a mí me gustase mi forma de actuar, pero era ese delicado hilo que unía dos partes de la empresa en un intento por evitar una guerra entre los accionistas y Miles. Esperaba con ansias el día en el que le vendieran las acciones a mi jefe y yo no tuviese que esforzarme tanto por mantener un clima cálido y amigable en las reuniones. A veces me recordaba que todo eso entraba en el generoso sueldo que cada mes Miles hacía que me llegase a mi cuenta bancaria.

Y, para qué mentir, también lo hacía por Queen. No podía comprar sus juguetes y golosinas sin un buen sueldo.

Aquella perra me iba a arruinar...

Cuando el silencio se hizo demasiado incómodo, saqué mi móvil para comprobar si tenía mensajes.

Efectivamente, había uno.

Y era de mi ex.

Suspiré con amargura y lo leí con rapidez.

Sigo pensando en ti, llámame.

Sam era ese tipo de hombre que decía a los cuatro vientos que quería una relación seria para tener su propia familia. Lo había conocido en un *pub*, y pensé en ese momento que me había tocado la lotería. Por fin iba a tener la oportunidad de estar con un hombre que me amase y que tuviese las mismas aspiraciones que yo. Había sido perfecto..., al menos superficialmente. Atento, cariñoso, trabajador... Y aunque el sexo no había sido gran cosa, había sido un aspecto que había estado dispuesta a sacrificar por estar con él. Sin embargo, todo mi cuento se desmoronó cuando descubrí que quedaba con mujeres a través de una aplicación para tener sexo. La verdad era que me había sentido como un puñetazo en el estómago. No había entendido nada.

Y sigo sin hacerlo, pensé.

Miles se inclinó hacia un lado y bufó.

—¿Sigues escribiéndote ese perdedor?

Me sobresalté y bloqueé el teléfono. Lo guardé en el bolso y me crucé de brazos.

—Es de mala educación leer conversaciones ajenas. Y estás conduciendo.

Él puso el intermitente para cambiar de carril y adelantar al vehículo que teníamos delante.

—No me ha hecho falta leer la conversación. Eres lo bastante expresiva como para saber que solo pones esa cara de asco cuando él te escribe.

Me sonrojé, porque tenía razón.

—Yo no pongo cara de asco.

Él esbozó una escueta sonrisa.

—Si tú lo dices...

Recordé con cierto desagrado que él sabía lo que había sucedido con mi ex, Sam. Ese mismo día, al enterarme de que Sam salía con otras mujeres para follar con ellas, había ido a trabajar con la cara pálida y el corazón partido en dos. Sam había estado trabajando y se había dejado el móvil en casa. Yo había escuchado varios sonidos de mensaje cuando, al asomarme, había visto varios contactos sin guardar. Y, a pesar de no estar orgullosa de ello, puse su clave y entré.

Y la sorpresa que me llevé...

Al final de mi jornada laboral, cuando mi hora de salida había pasado y Miles, que era el último en irse, ya recogía su despacho, se paró enfrente del mío. Me contempló largo y tendido y supe que veía la desolación en mi rostro cuando me invitó a una copa en el *pub* de al lado.

Como si no fuese mi jefe y yo no tuviese filtros, me desahogué con él. Miles se dedicó a escucharme sin interrumpirme. No dijo nada. O al menos no soltó ni una sola palabra hasta que pagó la cuenta y soltó un «*Manda a la mierda a ese cabrón*». Quizá no hubiese sido la frase más consoladora del mundo, pero que me hubiese escuchado y se hubiese tomado la molestia de invitarme me había hecho verlo de otra forma y saber que, dentro de su caparazón, había un hombre empático y bueno.

Pero en el fondo.

Muy en el fondo.

—La verdad es que voy a bloquearlo —dije, más para mí misma que para él.

—Deberías haberlo hecho desde el principio —señaló con cierta arrogancia, como si fuera obvio y yo no fuese capaz de comprenderlo.

Le dirigí una mirada fulminante, aunque luego, tras bloquear a Sam, suspiré.

—Miles... Yo... Nunca te he dado las gracias por ese día —Al ver que permanecía callado, quise especificar—: Cuando me escuchaste y pude desahogarme contigo.

Él se encogió de hombros.

—No fue nada.

—Para mí sí. Así que... gracias.

Mi jefe no añadió nada, por lo que decidí quedarme callada y sacar el móvil para escribirle a Taylor. Intercambiamos un par de mensajes cuando mis ojos se movieron hasta las manos de Miles. Estaban sobre el volante de piel, grandes, firmes, con los dedos largos y las uñas cuidadas. La verdad era que, si no le hubiese ido bien en los negocios, podría haber sido modelo perfectamente. Modelo de alta costura o de colonia masculina, de esos que te arrebatan la respiración y te dejan el cuerpo con temblores.

Alto, musculoso, con el rostro más perfecto que había visto en mi vida y unos increíbles ojos grises... El traje de chaqueta que llevaba, tal y como hacía en la oficina, estilizaba aún más su cuerpo. Sus labios carnosos apenas solían curvarse en una sonrisa, pero no pude evitar imaginármelos...

—Deja de observarme, Mía.

Retiré la mirada con brusquedad y me sonrojé.

Mierda.

Decidida a actuar como si no me hubiese pillado contemplándolo, regresé mi atención al móvil y me fui a la aplicación donde compraba y leía libros digitales. Seleccioné el que había dejado por la mitad días atrás por no tener tiempo y comencé a leer.

—¿Estás leyendo uno de esos libros tuyos románticos?

Sentí que toda la sangre del cuerpo se me acumulaba en las mejillas. No tenía por qué sentirme avergonzada, pero no me sentía cómoda con el hecho de que mi jefe supiese que leía novela romántica erótica.

Bloqueé el móvil y lo guardé en mi bolso.

—No leía novela romántica.

Estuve a punto de hacerle una foto cuando vi que esbozaba una escueta sonrisa.

—Esas portadas de hombres musculosos y sin camiseta...

Noté que el rostro me iba a explotar y, sin darme cuenta, estiré una mano para colocarla sobre su boca y callarlo.

—¡No salen hombres sin camisetas!

Él alzó una ceja y yo abrí los ojos al máximo.

Oh, no.

Oh, no.

Me mordí el labio inferior y retiré la mano con lentitud, intentando no pensar en el catastrófico hecho de haberle tocado a mi jefe la cara. O, mejor dicho, la boca. ¿En qué demonios había estado pensando?

En nada, ese es el problema. No he pensado.

Me senté tan recta sobre el asiento que noté que todos los músculos de la espalda se me tensaban. Clavé la mirada en las vistas de enfrente y obligué a mi cerebro a pensar en algún comentario que aliviase la tensión que sentía.

—Es de vampiros —murmuré.

Miles ladeó un poco la cabeza en señal de confusión.

—El libro —continué—. Es... de vampiros.

—Romántico —añadió él.

Apreté los dientes para contener una maldición.

—Vale, sí, es romántico de vampiros. ¿Qué problema tienes?

—¿Yo? —Miles bufó—. El problema lo tienes tú. Yo solo señalaba un hecho. Tú has sobrereaccionado.

Analiqué sus palabras y supe que llevaba razón, lo que me hizo encogerme en el asiento y girarme lo suficiente para mirar a través de mi ventanilla. Habíamos salido de la ciudad y el paisaje natural nos rodeaba por todas partes. Desde pequeña me había gustado la naturaleza e ir con mi padre a dar largas caminatas para alejarnos de la contaminación de la ciudad y del agobio que se respiraba entre los grandes edificios. Sin embargo, desde que me había hecho adulta y mi lista de obligaciones se volvía más y más larga, tenía menos tiempo para acompañarlo e ir a verlos. Mi madre solía ir con él cuando no se escabullía para comprar ropa. Eran dos polos opuestos. Uno prefería la naturaleza y la otra la vida urbana. Sin embargo, se habían entendido y complementado para llevar más de treinta años casados.

No me gustaba pensar en ello, pero no podía evitar preguntarme si algún día yo también viviría una historia de amor tan verdadera e intensa como la de mis padres.

—No les veo nada malo a los libros románticos, Mia —dijo Miles—. Puedes leer lo que quieras. Me seguirías pareciendo rara si leyeses *thriller* u otro género.

Sus palabras habían intentado aliviar el inexplicable agobio que había sentido, a pesar de la pulla que había añadido al final.

Esboqué una pequeña sonrisa y lo miré de reojo.

—Gracias.

Él no añadió nada más, y decidí permanecer callada el resto del camino. Leí un poco, miré por la ventanilla y respondí a los mensajes de mi madre, que me deseaba un buen viaje. Cuando comencé a aburrirme, abrí una página de noticias en mi móvil y comencé a leer los titulares, pasando de uno a otro sin leer en detalle lo que decían. Sin embargo, cuando mis ojos se deslizaron por la parte de debajo de la pantalla y leí lo que ponía, sentí una punzada de preocupación.

—¿Miles?

Él suspiró, como si lamentase que el silencio hubiese terminado.

—¿Sí?

—Aquí dice que se acerca una tormenta...

—Ya lo he leído —me interrumpió—. Pasará rápido.

—Pues la noticia señala que estaremos en alerta...

—Está todo controlado, Mia. —Su voz sonó firme, y supe que nada de lo que le dijese iba a servir para nada—. Disfruta del viaje.

¿Que disfrutase del viaje? ¿Cómo? Estaba leyendo la noticia por completo, y al parecer iba a caer una buena. Me preocupaba muchísimo que nos pudiese coger de vuelta a Olympia y...

—Deja de pensar. —Miles estiró la mano y me arrebató el móvil. Lo tiró hacia los asientos traseros mientras yo lo miraba con la boca abierta—. Nada de lo que hayas leído va a suceder. Los medios de comunicación exageran todo el tiempo. Apenas caerá una llovizna que se habrá marchado antes de que nosotros regresemos a Olympia.

Asentí y me giré para poder alcanzar mi móvil, que había caído justo en el asiento de detrás del conductor. Me incliné lo máximo que mi cuerpo me permitía y me apreté un momento contra Miles. Cuando conseguí rozar el móvil con la punta de los dedos, hice un último esfuerzo por alcanzarlo. El coche de mi jefe era tan absurdamente grande y ancho que había bastante distancia entre los asientos delanteros y los traseros.

Desbloquéé la pantalla y salí de la sección de noticias.

—Bien, si tú lo dices...

Miré a Miles, que estaba tenso y tenía el ceño fruncido.

¿Qué demonios le pasa a este ahora?

Solté un suspiro y decidí que iba a seguir leyendo mi libro sobre vampiros el resto del trayecto.